

ABRIL

185 días antes

Cuando el camino se ha adentrado en el bosque, el viento ha empezado a empujarme como si tuviera prisa por hacerme llegar a la casa. He avanzado bajo una locura de nubes y hojas, flanqueada por los árboles sin ojos que me vieron nacer. En el retrovisor, solo la gran polvareda que levantaba mi máquina a su paso. En este lugar, los coches son fábricas de nebulosas que te impiden ver lo que vas dejando atrás y, con cada bache, el mundo entero tiembla.

Por fin, ha aparecido en la cima de la colina, más pequeña y abandonada de lo que la recordaba. Me hubiera gustado aparcar allí mismo e ir corriendo, con los brazos abiertos, desnuda incluso, subir descalza los quince escalones de piedra, pero he visto la figura de un hombre con un perrote desharrapado esperándome en lo alto de la escalera y he tenido que guardarme el espíritu bucólico para otro momento.

Era Manel, claro.

Ha venido a mi encuentro a toda prisa, deshaciéndose en sonrisas, con el animal detrás, cabizbajo, atado con una cuerda. Apenas había bajado del coche cuando ha arrancado a hablar y ya no se ha callado.

Eras bonita como un guisante, ha repetido dos o tres veces con la mirada perdida de quien hace una afirmación de mucha enjundia. Después ha empezado con eso de si no lo recordaba y que no me parecía nada a mi madre, que si ellos dos eran tan amigos de jóvenes, discurso que ha puntuado con varios guiños. ¡Vaya una, tu madre!, ha exclamado y, acto seguido, risueño e imitando el gesto de blandir una varita mágica en el aire, ha añadido: zub-zub.

Era inevitable que al volver aquí me encontrara con la onomatopeya trágica de mi adolescencia, la onomatopeya que a los catorce años me repetían profesoras, compañeros, tenderos, después de ver por la tele a mi madre anunciando la minipimer y que tuve que soportar como un hermano que se lleva todos los elogios, la onomatopeya de sus superpoderes para triturar todo lo que tocaba con un toque mágico, la onomatopeya y el gesto que poblaban grotescamente mis sueños junto a mi padre muerto poco antes.

Zub-zub, dice Manel, y a mí me vuelve la soledad de las dos, mi madre y yo, encerradas en el pisito de Horta, con todo el mundo engañado imaginándose que tenía una madre inexistente armada con una varita y una sonrisa perenne que canturreaba en la cocina, igual que en el anuncio, y lo arreglaba todo con uno de sus zub-zubs. Pero no. En nuestro comedor solo zumbaba aquel silencio que no sabíamos cómo llenar. La minipimer también zumbaba. Y también lo desmenuzaba todo.

Pero Manel ha dicho zub-zub y yo, tal y como hacía a los catorce años, y después también a los veinte, a los treinta, y como continuó haciendo vergonzosamente a los cuarenta, le he reído la gracia.

Mientras subíamos por la escalera, se ha enzarzado en una divagación filosófica de bar sobre la juventud y el tiempo que vuela. Yo lo seguía contando los escalones. Quince escalones, igual que cuando era pequeña. La realidad no se descuenta.

Ha abierto la puerta, pero yo ni lo escuchaba, ya tenía bastante con mirar: fuera, el lavadero con el grifo herrumbroso, la podredumbre de la madera del pequeño porche; dentro, las baldosas agrietadas, la alfombra de polvillo desprendido del techo, los interruptores de la luz, tan antiguos que me dará cosa tocarlos por temor a que me dé un calambre. Y de fondo, Manel, desatado: «Vas a estar bien aquí, ya lo verás». No sé si me tomaba el pelo o si lo piensa de verdad.

Me ha dado un sinfín de instrucciones que no podría reproducir ni aunque me fuera la vida en ello: las ventanas que hay que abrir con cuidado, el truco para encender el calentador, cómo destrabar la cerradura. Eso sí, no me ha dicho qué hacer con los recuerdos que reptaban por suelos, techos y paredes, ni si será mejor alimentarlos o exterminarlos.

Durante todo el rato, Trufa nos seguía a un palmo. Yo intentaba no pensar en las pulgas y las garrapatas que debía de tener; cada vez que la veía arrimándose a la butaca, a las cortinas o a la cama — ¡a la cama! —, me las arreglaba para acercarme como si nada y apartarla con una coz discreta. Desprende un hedor canino que se ha quedado impregnado en el aire; ahora ya es de noche y todavía me parece olerlo, lo tengo clavado en la pituitaria.

Al cabo de media hora, por fin me ha dejado sola. Le he pagado los primeros cuatro meses, tal y como habíamos apalabrado. Ha abierto el sobre y se ha puesto a

contar los billetes con cara de satisfacción. «No es que desconfíe, pero siempre es bueno evitar malentendidos, ¿verdad?», y luego no ha podido evitar recordarme que si me hacía un buen precio era por mi madre y por la relación que tenían y porque mi madre no debería haber vendido la masía, que a quién se le ocurre, etcétera, etcétera. Y que si necesitaba algo, que se lo dijera. Yo solo asentía con una devoción de monja.

Entonces me ha mirado con esos dos ojitos de balín que tiene y me ha dicho «No eres muy habladora, ¿verdad?», y yo, con cara de boba, me he limitado a balbucear unos sonidos sin sentido. Tal vez debería haber marcado más el terreno, ahora me da la impresión de que se habrá creído que soy una pánfila.

Me ha tendido la mano y nos hemos dado un apretón como si cerráramos un trato importante. Y él: «Todavía tienes las mismas manitas de muñeca». Una muñeca, sí, pero lo he pillado varias veces lanzándome ojeadas a los pechos con una sonrisa que no le cabía en la cara. Como se lo cuente a Guim, seguro que me dirá que exagero, que siempre pienso que todos me los miran.

Pero me los miraba.

Le he dado las gracias por todo: me ha parecido una mala idea ponerme al propietario en contra el primer día.

Ya estaba bajando por la escalera cuando se ha dado la vuelta y me ha amenazado con que nos veríamos a menudo porque cuando pastorea las ovejas acostumbra a hacer una parada en el abrevadero que está al pie de la casa. Yo he asentido como un corderito mientras pensaba cómo atascar el abrevadero, cómo cargármelo para no tener que verlo demasiado; por amable que sea, aquí he venido para estar sola.

Se ha marchado a pie, cachazudo y con las piernas arqueadas, canturreando una habanera con una voz de tenor desconcertantemente agradable. *I em deia, quan siguis gran, no et fiïs mai de la calma*. No le he encontrado para nada el famoso parecido a Rock Hudson del que me habló mi madre.

Entonces me he dado cuenta de que no había ningún otro coche. Podría haberlo llevado hasta el pueblo; caminando se debe de tardar una hora en llegar, igual dos, mientras que en coche solo son veinte minutos, pero no me he sentido con ánimos de hacer el trayecto con él en el asiento del copiloto sin dejar de hablar. Seré bruja. Pobre hombre, no me ha hecho nada y me ha alquilado la masía por cuatro duros, pero yo no tenía la presencia de espíritu necesaria: el estado en el que he encontrado la masía me ha dejado un poco desmoralizada. Me las prometía muy felices. Desde Barcelona todo parecía fácil.

Con el viento fustigándome, he descargado el coche y he dejado toda mi vida empaquetada en el distribuidor formando una pirámide. Me he dado prisa en repasar la casa para hacer una lista de todo lo que necesitaba, sobre todo material de limpieza, y a cada paso he tenido que sacudirme los recuerdos que me asaltaban: la butaca de mi padre, el cuadro de los girasoles, las formas vegetales del cabecero de madera.

No era el momento, ya habrá tiempo.

Al final he tenido que correr para que no me cerrara la tienda; en los pueblos siempre van temprano. Nada más entrar, en la pared del fondo, el anuncio de la minipimer

enmarcado: mi madre ejerciendo de celebridad de Ribalta. El Ayuntamiento podría iniciar el proceso de canonización aduciendo como prueba el milagro del zub-zub; me llamarían para testificar que con un solo gesto era capaz de triturarlo todo, y yo lo corroboraría.

Can Boronat es la típica tiendita que tiene de todo. Y si no lo tiene, tendré que aguantarme; Mercè, la tendera, me ha dicho que en Ribalta no hay ni carnicería ni farmacia ni quiosco.

—La tienda, el bar y el mecánico, nena. Si necesitas algo más, tendrás que bajar a Vilamedia.

Mercè me resulta familiar. Igual solo es por su aspecto de campesina universal: rubicunda, con la sonrisa siempre a punto, con la corpulencia de quien se excede en el consumo de butifarras, el pelo rubio y ondulado en forma de casco y una delantera ideal para niños de pecho y amantes con problemas freudianos. La matrona rusa. La gran nodriza. O igual me suena porque mi subconsciente la recuerda de cuando yo era pequeña y corría por el pueblo, debía de ser una de aquellas chicas que te daba caramelos y te hacía el arre borriquito, quisieras o no. No estoy segura de si sabe quién soy. No ha preguntado nada ni ha empezado con la cantinela de mi madre y de la masía. Mejor.

Pero justo antes de que me fuera: «Cierro los jueves y los domingos por la tarde, nena», como si supiera que no solo estoy de paso, y cuando ya salía por la puerta: «Mañana por la mañana hay mercado en la plaza».

Al meterme en el coche, el cielo estaba cubierto de ubres negras. Aún no había salido del pueblo cuando han empezado a bombardearme con unas gotas como huevos

de codorniz. Estallaban contra el cristal con rabia, a un ritmo estrepitoso, como si quisieran enloquecer a los limpiaparabrisas. Me he arrimado al cristal con un ademán de yaya miope. Otra vez el camino que no se acababa nunca. Entre la metralla de la lluvia, la concentración al volante y el traqueteo continuo, he llegado aturdida.

Al bajar del coche, me ha parecido oír un repique metálico mezclándose con el rumor del diluvio, y una corriente de aire frío se me ha enredado en los tobillos como un brazalete romano. Aquí las tormentas tienen vida, no como cuando se derraman estériles sobre el asfalto de la ciudad.

He subido los escalones de piedra de fuera de dos en dos, pero de todas formas me he quedado empapada. Una vez en casa —¡en casa, digo!—, en lugar de notar el calor acogedor de cuando fuera se acaba el mundo y tú estás a salvo, he encontrado una humedad desagradable. Es una casa muerta, tendré que resucitarla.

Suerte que Manel ha tenido el detalle de dejarme un poco de leña en la chimenea. He tenido que pelearme con ella durante media hora pero al final se ha encendido y me he acurrucado cerca con una sensación de victoria.

Justo ahora he intentado llamar a Guim, que en todo el día solo le he mandado un mensajito telegráfico, pero resulta que no tengo cobertura en toda la casa.

Mañana más.

MAYO

184 días antes

Cuando me he despertado, no sabía dónde estaba. Al principio creía que estaba en el piso de Barcelona, pero algo no cuadraba: la luz que venía de la derecha en lugar de venir de la izquierda, la cama demasiado corta, como encogida, el olor oscuro del aire, el silencio casi catastrófico. Por unos instantes, he tenido miedo.

Se me ha hecho raro imaginar que en aquella cama dormían mi padre y mi madre hace cuarenta años, que estaba tumbada en el mismo colchón donde me concibieron, en la misma cama que excepcionalmente mi padre me dejaba compartir con él cuando mi madre ya se había levantado.

Me ha asaltado un vértigo vital. Me habría abandonado a él aunque solo fuera para acercarme al recuerdo de mi padre y demostrarme que sí pienso en él lo suficientemente a menudo, pero he sentido la urgencia de rehuirlo. Me he quedado mucho rato petrificada en la cama, observando las vigas carcomidas, las telarañas de los rincones, la silla de mimbre con el asiento deshilachado por los años, las baldosas del suelo desencajadas formando pequeñas olas, como si reposaran sobre una base líquida.

Me daba cosa levantarme, sacar el pie descalzo y ponerlo sobre el suelo frío, como si todo fuera a desaparecer al tocarlo o el mar de baldosas fuera a engullirme. O tal vez me daba cosa porque me he dado cuenta de que esto va en serio, que pisar las baldosas significaría firmar un contrato conmigo misma. Al final me he atrevido, claro, no iba a quedarme en la cama eternamente.

He abierto los postigos de par en par. Y qué verde tan verde, tan reluciente, tan vivo, todo para mí, con el sol allí, justo despuntando por encima de las copas. Ni rastro de la tormenta de bienvenida de ayer. Creo que remolonear me ha enternecido, o tal vez ha sido el hecho de pensar en mi padre. De repente, no cabía dentro de mí, el cuerpo se me había quedado pequeño para tanta alma. He abierto la ventana y me he asomado. He mirado a ambos lados para asegurarme de que no hubiera nadie — ¡qué tonta! — y he soltado una sarta de gritos sin sentido, solo aire reconcentrado saliéndome de dentro.

He gritado hasta vaciarme, debía de llevar años cargando dentro todos aquellos gritos. Igual sí que me han hecho un favor, los malnacidos de la editorial, poniéndome de patitas en la calle. Hoy por primera vez me parece que estos veinte años en aquellas oficinas han sido mi caverna platónica. ¡Cuánta razón tenía Guim cuando me decía que lo dejara! Al mismo tiempo, creo que exagero, que me engaño, porque al principio el trabajo me encantaba, y quizá lo que pasa es que desde la rabia me resulta más cómodo cargármelo todo.

He desayunado poco y mal: estaba impaciente por insularme como es debido y empezar a trabajar. Me he puesto a limpiar de golpe y porrazo. Tendría que haber-

le dicho a Guim que viniera a ayudarme; hay una traba-
jera tremenda, pero soy una niña que quiere atarse los
zapatos sola, aunque tarde media hora y acabe con
los cordones hechos un churro.

He abierto todas las ventanas, el balconcito del salón,
las puertas. La masía ha quedado ametrallada por la
luz. El sol atravesaba la casa como las espadas perforan
la caja trucada de un prestidigitador, y yo era la elegida
con quien se había compinchado para perpetrar el enga-
ño mágico. Un torrente de aire ha barrido el hedor a
humedad.

Lo primero ha sido lo más odioso: el polvo. En las
partes altas de los muebles —el chifonier, la vitrina de la
quincalla—, se había convertido en una capa de roña
solidificada por el tiempo. El tiempo, que lo vuelve to-
do sólido y roñoso. Me he abalanzado sobre el polvo
con determinación, cepillo en mano, y a cada pasada
arrancaba virutas momificadas, que quizá aún contenían
restos de mi piel de cuando tenía seis años, o pestañas
de mi padre —cuántos deseos malogrados—, o pelos de
las cejas de mi madre de cuando se las depilaba con el
espejito muy envarada a la mesa del comedor, o quién
sabe si mocos de aquel niño (¿Lorenzo?, ¿Lucas?) que
me endilgaban porque teníamos la misma edad y que se
pasaba el rato hurgándose la nariz.

Frotaba con pasión, a veces me daba un calambre en
los dedos de agarrar el cepillo con tanta fuerza, sentía
que me estaba limpiando la mugre de los pliegues men-
tales, como si me estuviera lustrando los recuerdos para
que fueran más bonitos.

Al terminar el comedor, en lugar de estar más cansada,
me sentía con más energía y más ganas que al principio.

He echado a correr hacia la cocina y el cepillo iba solo, y anda, el fregadero que me sabía de memoria porque mi madre me lavaba el pelo allí con un cazo de agua calentada en los fogones. ¡Lo sucios que éramos antes! Todavía tiene la grieta en forma de pájaro, un poco más grande, un poco más abierta; de pequeña me parecía un canario como los que tenía mi tía metidos en unas jaulas que siempre estaban un poco demasiado sucias de cagarrutas viscosas, pero mi madre decía que no, ¡menu-das ocurrencias!, si parece una garrapata enorme, y siempre añadía: Puaj, no me lo recuerdes, niña. Y si discutíamos demasiado por quién tenía razón, después mi padre me decía al oído que ni un canario ni una garrapata, que era una golondrina a punto de alzar el vuelo. Y cuando he terminado de limpiar el fregadero, he pensado que los años han acabado dándole la razón, igual sí que era una golondrina, a fin de cuentas.

En ese estado de ofuscamiento higiénico, he perdido la noción del tiempo y, después de la cocina, me he aplicado con frenesí a las dos habitaciones y al baño, el cuarto más inmundo de todos.

Mientras cepillaba y pasaba el trapo húmedo para atrapar el polvo que huía, se me iba apareciendo la imagen de una Mei minúscula limpiando los rinconcitos más recónditos y sucios del cerebro. De vez en cuando entraba una bocanada de aire y sentía que todo se esponjaba, que el pensamiento se me echaba a volar, y dale con la imagen del cerebro y de mi yo-hormiga con el cepillito. Me decía, Sí, señora, has venido aquí a limpiar, caramba, a limpiar la porquería que se te ha coagulado dentro igual que esta roña.

El tiempo se ha dilatado: a las doce ya había sacado el

polvo de toda la planta habitable. De momento el sótano no lo tocaré. Solo de pensar en la estrechez de las escaleras me entra una claustrofobia ridícula, de niña pequeña, la misma que sentía cuando mi madre me obligaba a ir a buscar unas cuantas cebollas, una botella de vino, el coñac de las grandes ocasiones, y tenía que adentrarme en aquella oscuridad fétida.

No, el sótano otro día.

Se me ha ocurrido que estaría bien bajar al pueblo a tomar el aperitivo en el bar que me dijo la de la tienda (¿Maite?, ¿Mercè?). Quería cotillear un poco, estudiar a los aborígenes, ver a las yayas encorvadas saliendo de misa, echar un vistazo al mercado, llamar a Guim, pobre, que todavía no he logrado hablar con él. A la vuelta ya me arremangaría otra vez. La luz que entraba por el balconcito me tentaba aún más y ya me veía con un vermut y unas patatas fritas tomando el sol en la plaza mayor.

Pero subo al coche y no se me enciende. Las luces encendidas, siempre igual. Esta vez no se lo contaré a Guim, así me ahorro el sermón. Maldita tormenta. He tenido que conformarme con una cervecita y cuatro boquerones al pie de la escalera.

La verdad es que el contratiempo me ha ido bien. No debo perder ni un minuto. Aquí he venido a trabajar y quizá lo del aperitivo era una de mis excusas para evitar hacer lo que debo hacer, lo que quiero hacer, lo que he decidido hacer. Que ya nos conocemos tu vena escapista, Mei.

A cada sorbo de cerveza veía más claro que tenía que dejar la casa limpia hoy mismo, sin falta, preparada para que sea mi santuario de trabajo. Me he puesto manos a

la obra otra vez sin terminarme siquiera la cerveza, me ha entrado un agobio que ya no me dejaba saborearla. Yo y mi desazón nos hemos abrazado a la escoba y a la fregona, y no hemos descansado hasta que todo ha quedado impoluto. Todo menos el sótano, claro.

Cuando he terminado, ya estaba anocheciendo y me he arrellanado en la butaca, que ahora ya no es la butaca de mi padre sino *mi* butaca. La he tapado con una sábana vieja porque el tapizado, además de feo, no se puede limpiar así como así, y me he apoltronado agotada, con el orgullo de una emperatriz.

La casa, al igual que la butaca, parece otra sin la capa de piel muerta que la cubría. Me he apropiado de ella. Todavía dudo si descolgar el cuadro de los girasoles de encima de la chimenea; me recuerda constantemente quién soy, cosa que tal vez me convenga, pero a la vez odio que me recuerde constantemente quién soy.

En cualquier caso, me da pena meterlo en el sótano o en un armario, ¡con la de meses que dedicó mi padre a pintarlo!